

BORRÁS LLOP, José María (ed.) *El trabajo infantil en España (1700-1950)*, Barcelona, Universidad de Barcelona-ICARIA 2013.

José María Borrás Llop ha dedicado una parte importante de su vida académica al análisis de un sector –edad- de la sociedad tan olvidado y silenciado por la historiografía como es la infancia. Mientras que el feminismo y los movimientos de liberación de las minorías sexuales, étnicas y nacionales han conseguido poner en la agenda de investigación aspectos relacionados con estos sectores de identidad, los niños y niñas no tienen quién les escriba. Si obviamos quizá al precedente literario de Charles Dickens, los padecimientos y los sufrimientos de la infancia apenas han comenzado en los últimos veinte años a convertirse en objeto de estudio de la historia social y cultural. Como afirma Borrás Llop en su introducción “pasado y presente del trabajo infantil tienen hoy una visibilidad desconocida hace algunas décadas.”

El libro que comentamos aquí representa un esfuerzo inmenso: se trata de la primera investigación de amplio calado acerca del trabajo de los niños en España. Su marco cronológico implica mucho más que el hecho de abarcar una parte de la Edad Moderna y de la Edad Contemporánea: son dos siglos y medio que contemplan el fin del Antiguo Régimen (en el que el trabajo de los niños sigue siendo primariamente parte de entramados familiares y de uso habitual en el campo) y llega al inicio y desarrollo del capitalismo industrial moderno (lo que convierte el trabajo de los niños en una explotación de tono sistemático a veces). Hay sin embargo muchos matices y muchos claroscuros que son examinados con detenimiento en el libro. De hecho, Borrás, en su excelente introducción, cita a Kristoffen Lieten para afirmar que “los procesos y sus contextos en muchos países pioneros en la industrialización han sido tan diversos que resulta imposible imponer un modelo universal de la infancia.”

La obra se divide en doce capítulos más la ya citada introducción. Predominan la historia económica y una historia social renovada con argumentos e influencias del culturalismo más innovador. Hay artículos centrados en estudios de caso como el de Gabriel Jover Avellà sobre la Mallorca de los siglos XVIII y XIX o el de Pedro M. Pérez Castroviejo sobre la industrialización vizcaína y la explotación de los menores, extraordinariamente esclarecedor de las diferencias del niño asalariado en el terreno urbano con el niño trabajador en el medio rural, aspecto que, por cierto, bien muestra Ricardo Hernández García en su análisis sobre la Castilla rural –aun cuando para fechas algo más limitadas-. El artículo de Pérez Castroviejo sobre el País Vasco enlaza con el examen –dentro del mismo territorio geográfico- de los aspectos de género, muchas veces olvidados al tratar de este asunto, y del que se responsabilizan, en su texto, Pilar Pérez-Fuentes Hernández y Arantza Pareja Alonso.

Hay capítulos dedicados a sectores económicos claves como el de Miguel Ángel Pérez de Perceval, Ángel Pascual Martínez Soto y Andrés Sánchez Picón sobre la minería o el de Luisa Muñoz Abeledo sobre la industria pesquera. Otros reflejan los problemas sanitarios y de salud producidos a los niños y niñas durante el proceso productivo, como los de Josep Bernabeu-Mestre y María Eugenia Galiana Sánchez sobre el higienismo o entran en debates con las antiguas tradiciones historiográficas antropométricas como el de José M. Martínez Carrión, Javier Puche Gil y José Cañabate Cabezuelos sobre la estatura de los niños durante la primera industrialización español-

la. En este grupo cabe citar también el de Arón Cohen y Agustín Fleta, centrado más sobre la otra parte importante de los aspectos médicos, la gestión médica patronal.

Los restantes artículos sintetizan aspectos que, aunque acotados temporalmente, pueden muy bien considerarse de importancia general y a ello responden: Cristina Borderías describe los salarios infantiles y su valor dentro del presupuesto familiar, centrándose en la Cataluña de la primera industrialización, pero, a mi juicio, con conclusiones muy válidas para otros momentos y lugares geográficos (menor salario donde trabajaban menores); Carmen Sarasúa analiza la edad a la que se iniciaba el trabajo infantil en el siglo XVIII, pero algunos aspectos de este debate pueden servir perfectamente para iluminar otros tiempos; el artículo de José María Borrás Llop, en fin, pone de relieve los discursos –y actuaciones- de las organizaciones obreras españolas en torno al problema del trabajo infantil. Se muestra como la perspectiva de clase les hizo preocuparse de que los niños dejaran de trabajar –aun cuando esto llegue mucho más tarde de lo deseado y las leyes fueran violadas sistemáticamente durante mucho tiempo.

En definitiva, se trata de un trabajo pionero y desde ya imprescindible a la hora de examinar la sociedad española de los últimos tres siglos. Los casos desvelados y desgranados en las páginas de este libro hielan a veces la sangre y nos hacen reflexionar acerca de lo que hoy día esté pasando en otras latitudes –el editor es consciente de ello y lo menciona-.

Termina por cierto Borrás su texto introductorio con la expresión de un deseo: “Damos un paso importante al introducir la categoría de género en el análisis histórico. Ahora sabemos que la edad es también imprescindible.” Yo me uno a ese anhelo de que la historiografía extienda sus análisis a aspectos de la vida humana que a veces ha ocultado, empeñada en exponer las vidas y opiniones de “viejos hombres blancos”.

José M. FARALDO

Universidad Complutense de Madrid

CAZORLA, Antonio, *Franco. Biografía del mito*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.

La primera sensación que tuve al comenzar este libro fue que su autor invitaba a los lectores más o menos añosos a recordar cómo sobrevoló sobre su casa la muerte de Franco; una invitación implícita que formula al narrar en la introducción su propia experiencia. La mía fue semejante a la suya en sus rasgos generales, y seguramente compartida por muchos otros lectores nacidos como él, lustro arriba, lustro abajo, en 1963: nuestros padres, hijos de republicanos o socialistas, acabaron sintiendo una combinación de miedo, respeto y quizás un cierto aprecio hacia el hombre que truncó la vida de sus propios progenitores. Nada tuvo de extraño que estimaran al dictador los vencedores de la contienda o sus descendientes. Lo singular es que este sentimiento caló en muchas familias represaliadas durante la dictadura; que se extendiera a pesar de que el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 desató la guerra y derribó